



**Marcelino Menéndez y Pelayo**

## **Carta a mis amigos de Santander**

Con motivo de haberme regalado la bibliotheca graeca de Fermín Didot

¡Al fin llegaron... desde el turbio Sena  
Que la varia y gentil ciudad divide,  
Metrópoli lodosa de Juliano,  
Hasta los montes de Cantabria invicta,  
Último escollo del poder latino!  
¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro!  
¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen  
Volúmenes sin cuento; ¡qué delicia  
Es recorrer sus animadas hojas!  
¡Cómo a la mente atónita resurgen  
Los inmortales de la edad helena!  
¡Cómo habla la belleza en esos libros,  
Llenando de deleites y memorias  
El alma henchida de estupor sagrado!

Si el pagano escultor sintió animarse  
La piedra que él en diosa transformara,  
Y la sangre serpear entre las vetas

Del pario mármol, y espirar los ojos  
Lumbre de vida, y rítmica palabra  
De sus labios salir, y el pecho alzado  
En onda de suspiros agitarse,  
Y los brazos tenderle -¡insigne premio  
Al vencedor artífice de Atenas!-  
Tal siento palpitar eterna vida  
Entre las muertas hojas de esos libros,  
Del tiempo y la barbarie vencedores,  
Que hora vuestra amistad pone en mi mano.

Ved... Homero está aquí... bélico estruendo  
Del Escamandro en las riberas suena;  
Teucros y Dánaos, cual espesas moscas  
En torno de la leche, la llanura  
Invaden con sus carros; allí Aquiles,  
El de los pies ligeros, rauda vuela,  
Agitando fatídicos corceles.  
Las troyanas esposas desde el muro  
Con horror le contemplan; solo Héctor  
Combatirá por el Ilión sagrado;  
Miradle traspasar la puerta Scea;  
Andrómaca, bañada en risa y lloro,  
En brazos lleva al pequeñuelo infante,  
A quien asusta el yelmo empenachado  
De su padre feroz. ¡Ved cómo arroja  
Fuego voraz a las aquivas naves!  
¡Ved cómo estrecha el suplicante Príamo  
Del ya piadoso Aquiles las rodillas,  
Y cómo lleva a sus ancianos labios  
La mano matadora de sus hijos!

¡Pues qué, si de la plácida Odisea  
Vago feliz por los amenos bosques!...  
Allí portentos de la docta Maga,  
El Cíclope sin luz, y los vergeles  
De Alcino, y de la gruta de Calipso  
El umbroso frescor; allí la lucha  
Del mañoso Itacense con los vanos  
De la casta Penélope amadores,  
Que en balde el arco manejar querían,  
Por la diestra fortísima doblado  
Del hijo de Laertes. ¡Y qué escenas  
De hospitalaria paz bajo los techos  
Del viejo Néstor y del rey de Esparta!  
¡Qué Elena tan gentil, ya redimida!  
¡Salve, padre inmortal, eterna fuente  
De cuanto bello el arte ha concebido!  
De tu sol un reflejo centellea  
Del jonio mar en las risueñas ondas

El mármol del Pentélico ilumina,  
Resplandece en el ágora de Atenas,  
Y el Cronios rey de tu cantar augusto  
A Fidias sirve de ejemplar sereno  
Para labrar la olímpica cabeza.

¿Y quién agotará su cauce al río?  
¿Quién podrá enumerar los que se alzaron  
Líricos vates, del sagrado suelo  
Bañado por las ondas de armonía,  
Que de la voz de Homero se desatan  
Para fecundizar los campos griegos?  
Apagadas cenizas sólo quedan  
De la llama de Safo, ora a Afrodita  
Quiera ablandar con métricos halagos  
Porque a sus brazos al infiel conduzca,  
O ya en ardiente, voladora estrofa,  
El fuego exhale que en sus venas corre,  
Cuando contempla a aquel mortal dichoso,  
A los eternos dioses semejante,  
Que mira frente a sí reír su amada,  
Y dulcemente hablar. ¡Y cómo vuela  
La oda triunfal de Píndaro, y corona  
De lauro inmarcesible al noble púgil  
Que huella invicto la palestra Elea,  
Entre el polvo de férvidas cuadrigas  
Y los aplausos de la doria plebe,  
Infundiendo las Gracias de Orcomeno  
A sus miembros vigor y gallardía!  
Y no de ungido luchador tan sólo  
La gloria canta, mas de su linaje  
Y su pueblo también; que la oda inmensa  
En hilo de oro engarza tierra y cielo,  
Vuela del agua al sol, del sol a Jove,  
Y oráculo de pueblos y Sibila,  
De la justicia y sobriedad las leyes  
Grata pronuncia en vividores versos.

Venid a mí, despedazados torsos  
De estatuas inmortales: rotos himnos  
De Aleco, de Estesícoro y Simónides,  
Donde aún alienta el genio en cada sílaba;  
Dísticos vengadores de Tirteo,  
Que del duro Lacón el pecho inflaman  
En la feroz mesénica contienda;  
Y templen tal horror con dulce halago,  
El himno de Baquílides suavísimo,  
O la voz grave del anciano ascreo,  
O el canto pastoril siracusano,  
O un enjambre de abejas desprendidas  
De la hiblea antológica colmena.

Mas ya al corvo teatro resonante  
Me parece asistir; encadenado  
Miro al Titán filántropo en la roca  
Su cólera exhalando contra Zeus  
En impotentes voces, mientras Io  
Mísera vaga por la ardiente arena,  
Y el coro de las Ninfas Oceánidas  
A tan recio dolor no halla consuelo.  
Ved, bañado está en sangre el de Micenas  
Alcázar opulento; de Casandra  
La fatídica voz alzarse escucho;  
Sigo temblando al parricida Orestes,  
Cuando aún la sangre cálida gotea  
De su madre infeliz y las Euménides  
No abandonan su umbral, siempre entonando  
El coro vengador; él, perseguido  
Por los terrores de conciencia inicua,  
De gente en gente vaga; sólo encuentra  
Juicio y perdón cabe el altar de Palas.  
Que no el choque brutal de las pasiones  
Se limita a pintar el arte heleno;  
Queda en el fondo del oscuro vaso  
Una gota de miel; todo lo temple  
La voz solemne del antiguo coro.  
Religiosa emoción la mente embarga,  
Al ver a Edipo ciego, desterrado,  
Su carrera expiatoria ya cumplida,  
Penetrar en el bosque de Colona,  
Y hacer sagrada con la tumba suya  
La ática tierra. ¡Imágenes risueñas  
De la tragedia griega, castas vírgenes,  
Antígona, Ifigenia, Polixena,  
Que al dar el cuello al sacrificio infando,  
Sólo el morir tan jóvenes sentíais!  
¡Cuál resplandece la verdad humana  
En esas puras frentes! ¡Cómo sabe  
Eurípides mover los corazones,  
De la cautiva Andrómaca al lamento,  
O a los furores de la Colquia maga!  
¡Cuál se despide moribunda Alceste!  
¡Qué hondo terror infunde en las Bacantes  
El ulular de la nocturna orgía!

¡Coros de nubes y graznar de ranas,  
Chistes inmundos, mágico lirismo,  
Comedia aristofánica, que adunas  
Fango y grandeza, y buscas en las heces  
De lo real lo ideal! La suelta danza  
De tus alados hijos me circunde,

Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan  
Aun en sus locos, descompuestos saltos.  
¡Espíritus alegres, cuán distintos  
De las negras terríficas visiones  
Del yerto septentrión, donde el fermento  
De insípida cebada, en las cabezas  
Sombras y pesadez va derramando!

¿Quién fantaseó de griegos y teutones  
Sacrílego consorcio? Entre la niebla  
De las ásperas cumbres hiperbóreas,  
Y este radiante sol que a nuestros campos  
El don prodiga de la rubia Ceres  
Y de Falerno el otoñal racimo,  
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá a Elena  
Con el Fausto casar, que imaginaba  
El Júpiter de Weimar? Siempre ansiosos  
De tierra más feraz, al mediodía  
Los Bárbaros descienden; en buen hora  
Que de nuestros despojos se enriquezcan,  
Mas no el rudo cantar de sus montañas  
Al canto de las Piérides igualen,  
Ni su filosofar caliginoso  
A aquella antigua, plácida Sofía,  
Que del divo Platón en el Convite  
Alzó la mente a contemplar el rastro  
De la eterna belleza, y a expresarla  
Cual nunca la expresó lengua nacida.

Esa Venus Urania, siempre joven,  
Que si, al sepulcro descender pudiera,  
Otra vez del sepulcro se alzaría,  
De juventud radiante y de hermosura,  
Por la voz de Demóstenes hablaba  
En el tumulto del hirviente foro;  
Del cándido Herodoto se envolvía  
Entre la ingenua, desatada prosa,  
Y en el seco, nervioso y penetrante  
Estilo de Tucídides; posaba  
De la abeja del Ática en los labios  
La pura esencia de las jonias flores.  
Ella enmeló las flechas de Luciano,  
Y hasta el sobrio y severo Estagirita,  
Déspota rey de la conciencia humana,  
Culto y aras le dio.

¡Las Gracias llenen,  
Amigos, vuestra mente con sus dones;  
Las Gracias, compañeras de la vida,  
Por fácil lleven y apacible senda,

De flores adornada, vuestros pasos!  
Ni me olviden a mí. Yo el don precioso  
Que de vuestra amistad hora recibo,  
Conservaré con diligente estudio,  
Y el revolver los inspirados folios  
Traerá a mi mente la memoria grata  
De los caros amigos donadores.

¿Cómo olvidar a ti, que en rica prosa,  
Del áureo siglo el esplendor renuevas; (3)  
Ni a ti, cantor del Anahuac ingente,  
Cual sus bosques espléndido y lozano; (4)  
Ni a ti por quien El Tuerto y Tremontorio  
No envidian de Cervantes los pinceles; (5)  
Ni a ti que riges la edilicia vara,  
No sin dolor de las sagradas Musas,  
Un tiempo enriquecidas de tus dones,  
Desiertas hoy; (6) ni a ti que a Víctor Hugo  
Cubriste fiel con peregrino manto,  
Tejido de colores y armonías,  
Volviendo a España el oriental tesoro,  
Que él al Sena llevó; (7) ni a ti que guardas  
Con docto afán, en codiciado archivo,  
De la vieja Cantabria los anales,  
Y en rancios pergaminos escudriñas  
Las olvidadas montañesas glorias; (8)  
Ni a vosotros, mis dulces compañeros  
En estudioso afán; ni a los sagaces  
Del comercio fructífero ministros,  
Por quien nuestra ciudad es rico emporio  
De los tesoros de la mar de Atlante?

¡Salve, reina del mar, Sidón ibera,  
Puerto de la Victoria apellidada  
Por el romano triunfador Augusto,  
Cuando del fuerte cántabro imponía  
El yugo a la cerviz! ¡Puerto sagrado  
Por las cabezas que en tu templo guardas!  
Crezca en gloria y poder el pueblo tuyo,  
Dilátense tus muelles opulentos  
Y traigan tus alígeros bajeles,  
En cambio al trigo que te da Castilla,  
De la tórrida caña el dulce jugo,  
O del café los vigilantes granos,  
O la hoja leve que en vapores sube  
Y como la esperanza se disipa.

Y no olvides jamás, patria adorada,  
Que fueron, como tú, de mercaderes  
Cuna y albergue Rodas y Florencia;

Recuerda que el Magnífico Lorenzo  
No fue educado en el feudal castillo  
Que alzó el señor germano entre las ruinas  
De la inmortal, helénica cultura,  
Sino en la abierta, florentina lonja;  
Y de aquel mercader so el regio manto  
Medró la ciencia, sublimose el arte;  
La lámpara platónica encendida  
Tornó a brillar en manos de Ficino  
Y del latín en las marchitas frases  
El alma juvenil de Policiano  
Supo infundir calor y nueva vida.  
Recuerda que togados mercaderes,  
Los que sus leyes al Oriente dieron,  
Cuando temblaba la imperial Bizancio  
Del león de San Marcos al rugido,  
Ardieron en la misma noble llama.  
Para ellos los Paladios y Bramantes  
Alcázares suntuosos levantaron  
Orillas de la adriática laguna,  
Y del ducal palacio en las techumbres  
Torrentes de color vertió Ticiano.  
Que no el amor del oro allí extinguía  
Del genio vividor la pura llama,  
Ni ha de apagarla en ti. Con larga mano  
Premia el ingenio y al saber ayuda,  
Ni ingenio ni saber en mí premiaste;  
Sólo el intenso amor irresistible,  
Que hacia las letras dirigió mis años,  
Y aquel amor más íntimo y potente  
A mi dulce Cantabria, tierra santa,  
La tierra de los montes y las olas,  
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,  
Sonando, cual arrullo en mis oídos,  
Lento el rumor de su arenosa playa.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

